

LLEVO TU NOMBRE EN MI CORAZÓN

Carmen Arroyo Rodríguez

Edad, 62 años

Pasé mis primeros años con la abuela, entre jaras y tomillo, brezo y aulagas; y dos montañas: el Jálama y el Teso Porra, que enmarcaban mi pequeñez y me descubrieron la sensación del infinito. Era un tiempo en el que el que mis ojos buscaban en los suyos, cada noche, un nuevo amanecer y su nombre, Natividad, tenía la magia del viento fresco de la tarde. Nada más necesité para robarle al día una sonrisa, a las flores su dulzura, a los pájaros su dulce melodía. Viví con ella cuando mis padres emigraron en busca de pan y nos dejaron su corazón envuelto en lágrimas y la esperanza puesta en un regreso imposible por varios años.

Recuerdo la ternura de sus manos al acariciar mi rostro y su aroma de leche tibia y pan caliente. Tuvo por corazón un mar en cuya calma descansó mi afán de niña asomada a la profundidad de lo desconocido, y su cariño, fue lluvia de primavera que me hizo crecer junto a las mínimas flores silvestres cuyo nombre aprendí de su boca.

Pero luego, las circunstancias, favorables para el desahogo económico, me alejaron de su voz, de su mensaje dulce de esperanza. Y ya nunca volvimos a oír silbar el viento juntas, ni las ranas de los charcos arrullaron mis sueños, ni entonaron los pájaros su dulce canción para nosotras porque la noche del tiempo niño perdió su vestidura inocente e hizo imposible mi regreso a sus brazos, molinos de amor, fuertes como ramas de olmo, incólumes al paso del tiempo. Tenía poco más de cinco años y me llevaron lejos, a otra tierra. Y me sentí como un polluelo al que arrancan del nido. Fue generosa sin límite y, muchas veces, se quitó el pan de la boca para que a mí no me faltase.

Me enseñó a respetar la naturaleza y me legó su convencimiento personal de que por encima de todos, hay un Ser que cuida de nosotros.

Nací en un lugar de la Sierra de Gata. Puedo evocar un valle, avariento de sol y de verdores y recostado en una ladera mi pueblo, Acebo. Parecen sus casas las de un pequeño nacimiento navideño. En mi tierra no suele nevar, pero en la primavera el campo se cuaja de hermosas flores de azahar que lucen su blanco intenso en naranjos, limoneros y camelios. El sol juega al escondite entre el verde intenso de

las hojas y la madurez de los frutos jugosos, mientras su perfume acompaña la entrada en el pueblo, igual que un anuncio amable de bienvenida.

Cada tarde mi abuela Natividad, hacía encaje de bolillos. Aún recuerdo aquel sonido de pequeñas campanas que acariciaba mis oídos mientras, ensimismada, mis ojos se perdían en sus manos que se deslizaban rápidas, arriba y abajo, a un lado y a otro de la “mojailla” y clavaban los alfileres en el lugar debido.

Me enseñó sus nombres, la “cera del reloj”, el “paseo de la reina”, las “margaritas”... Mis padres vendían por pueblos y ciudades encajes de Acebo y mantelerías de Lagartera que, las novias llevarían en su ajuar.

En aquellos tiempos los matrimonios jóvenes buscaban el sustento lejos de la tierra en que nacieran. Yo tenía apenas dos años cuando mis padres se fueron a Castilla y me quedé con los abuelos en la casa que tenían en el campo, cerca de la finca de olivos y naranjos llamada “Los Hornillos”. Allí permanecí hasta que, antes de cumplir los seis años, me llevaron a Valladolid y comencé a ir a la escuela.

Acerco los recuerdos: escucho la canción del viento que se cuele por las rendijas de puertas y ventanas, música para los oídos de una niña que jugaba entre el romero azul, el moradillo del brezo y los pétalos blancos de la jara, sin más mundo que el horizonte enmarcado por la vecindad de las montañas. La casa de labranza se alzaba junto al puerto de Perales, a nueve kilómetros del pueblo. En la recogida de la aceituna, nos ayudaban Carpio y Candelas con sus cinco hijos, una familia gitana que vivía en El Payo y que pasaba dos meses, más o menos, con nosotros, según la cantidad de fruto que hubiese en los olivos.

El eco del carromato en el que viajaban se hacía intenso entre el Teso Porra y El Jálama. Los minutos que transcurrían hasta que dejaban atrás la curva del Puerto de Perales, se me hacían eternos. Entonces yo corría cuesta arriba para dar un abrazo a los amigos que no había visto desde el año anterior y para conocer al nuevo miembro de aquella familia porque yo, a Candelas, la recuerdo con un recién nacido entre sus brazos cada año.

Ese primer día se pasaba entre juegos compartidos por los más chicos y el ajeteo de los mayores que preparaban lo necesario para su estancia entre nosotros. Luego,

comenzaba la rutina diaria: madrugar y, tras el desayuno, bajar andando desde la casa hasta la finca para apañar las aceitunas, que se iban echando en un montón al aire libre hasta el momento de ser llevadas al molino. El señor Carpio era un gitano simpático y cordial. Trenzaba con tiras de madera de castaño, las cestas más lindas que yo recuerdo para apañar las aceitunas. Me gustaba apañar las aceitunas y competir con sus hijos a ver quién de nosotros era el primero en llenar su cesta una y otra vez...

Se comía en la pequeña casa de piedra con techo de brezo que mi abuelo reparaba cada año antes de que ellos llegasen o al aire libre, si el sol lucía con fuerza. Luego, la merienda de pan y zumo de naranjas con azúcar compensaba el esfuerzo de los niños, sabrosa como una golosina. Al caer la tarde regresábamos hasta el parador contentos y cansados.

La noche, después del duro trabajo, era esperada por todos. Mi abuela cocinaba una gran tortilla de patatas que parecía una rueda gigante. Su olor intenso, a cebolla, patata y huevo, llegaba al estómago por ojos y olfato antes de ser degustada. El señor Carpio, muy serio, masticaba despacio saboreando cada pedacito y todos esperábamos oír cada noche – como un ritual preciso e inevitable – las palabras que salían de su boca, siempre en el mismo orden y con el mismo tono de voz:

- “Señora Natividad, decía mirando a mi abuela, esto es gloria leré”.

Aquella frase siempre encerró un misterio para mí. Luego, al crecer, comprendería que era su modo particular de darle las gracias a mi abuela y, de paso, insinuarle que las próximas tortillas también serían recibidas con el mismo agradecimiento y deleite.

Mi abuela Natividad era feliz con aquella alabanza a su forma de cocinar y, por supuesto, cada noche seguía dando gusto a todos con su especialidad olorosa y agradable al paladar. Luego, al amor de la lumbre el abuelo Antimo y el señor Carpio desgranaban sucesos de tiempos pasados hasta que llegaba el sueño.

A comienzos de cada verano los paisanos de Carpio dejaban su pueblo, El Payo, y camino de Coria para la feria de ganado, hacían un alto en su camino en el “Parador de Porora” - así se llamaba la casa de mis abuelos - y nos traían saludos y

nuevas de sucesos familiares: la boda de Palmira, la hija mayor, el nacimiento de un nuevo hijo o cosas por el estilo. Y, siempre, una nueva cesta para mí, su mejor regalo.

Vuelven mis recuerdos de tiempo azul romero y soledad compartida con la abuela. Noto la tibieza del primer rayo del sol que se cuele a través del cuarterón de la ventana que mucho tiempo antes, al levantarse, la abuela dejó entornada para que yo durmiese un rato más. Muchas veces, al abrir los ojos me encontré con su mirada abarcando mi cuerpo menudo y sediento de su ternura y de su cariño.

¿Qué sentimientos anidarían en su corazón? ¿Tal vez ya adivinaba la separación que habría de quitarle a la nieta que tanto amaba?

Comenzaba entonces un rito de amor que no he conseguido olvidar. Mi abuela me cogía a horcajadas y envuelta en su toquilla, me transportaba hasta la cocina. Al lado del fuego, encendido en el centro de la misma, un gran puchero de porcelana roja con el agua reservada para mi baño lanzaba una humareda de vapor. Con cuidado, me depositaba sobre el largo banco de madera situado cerca del fuego e iba despojándome de la ropa. En el respaldo del banco, mucho tiempo antes, ella había dispuesto la muda limpia para que estuviese tibia al ponérmela.

Una mañana, mientras el agua caía como una cascada sobre mi cuerpo, descubrí dos lágrimas que rodaban por sus mejillas.

- Abuela, le pregunté, ¿por qué lloras?

Se ruborizó al sentirse descubierta y su cara se llenó de arrebol. Casi en un susurro me contestó que no era nada, que, simplemente, un poquito de jabón le había entrado en los ojos...

Era demasiado pequeña para descubrir, en el tono de su voz, la pena que le subía en oleadas desde lo más profundo de su ser. Mi abuela ya sabía, porque mis padres se lo habían dicho, que aquel invierno sería el último invierno que pasaríamos juntas.

¿Qué sintió al saber que debería separarse de mí? Los niños olvidamos con suma facilidad, tal vez, porque no somos conscientes de lo que perdemos y lo nuevo que se nos brinda reclama nuestra atención. A comienzos de julio del 49 iba a cumplir

seis años y mis padres me dijeron que iría con ellos a vivir a Valladolid. La noticia me llenó de alegría y cada noche, soñaba con el primer rayo de sol que me acercaba un poco más la fecha señalada. Los últimos días de aquel verano los grabé en mi corazón y quedaron entre el recuerdo indeleble de las personas que amé. Fui despidiéndome de todo lo que había sido mi vida durante aquellos años. Me llevé del ventorro de “Porora”, mi pequeña “mojailla” y los “picaos” de los encajes estrechitos que mi abuela me enseñó a hacer: el “pucherito” y la “puntina del abanico”. También las muñecas de trapo con los cabellos de lana y sus ojitos bordados que ella, con paciencia, me había confeccionado.

Enterré los juguetes que no pude llevarme en un rincón del establo. Tenía la certeza de que algún día regresaría a recogerlos para, de nuevo, jugar con ellos. No se cumplió aquel sueño infantil. El tiempo de la separación se prolongó por circunstancias diversas el abuelo Antimo había fallecido y la abuela Nati era demasiado mayor para estar sola en el campo. La casa de labranza se cerró y, pasados muchos años, fue expropiada para dar paso a la construcción de la nueva carretera que hizo segura la circulación desde Ciudad Rodrigo hasta mucho más allá de Coria. Se borró todo rastro de la casa que habité de niña.

Tan sólo una pared de piedra de uno de los corrales en los que se encerraba el ganado, permanece como testigo mudo de un ayer vivido junto a mi abuela, a quien tanto quise. Ella sigue presente en mis sueños y en mis recuerdos de un tiempo en el que merendaba miel, aceitunas o naranja con pan de centeno. Me gusta volver a mi tierra. Mi corazón se llena de calma junto a mis raíces. Me acerco al lugar donde se alzó la casa. Elevo mi voz al viento de la tarde que sopla desde el puerto. Y pronuncio, mirando las montañas, que ahora reconozco pequeñitas, una y otra vez el nombre de mi abuela: Natividad, con la esperanza de que me oiga y, casi en un susurro, le digo que la quiero. Y si cierro los ojos veo acercarse hacia un abrazo su figura amada que permanece dentro de mi corazón como el mejor tesoro que nadie podrá arrebatarme jamás.